

tador atrevido como Mirambo, con sus guerreros watutas, produce en esta masa de pueblos el efecto de un principio de fermentación, es decir molesta á todos, obliga á muchos á cambiar de residencia y no los deja en paz hasta que muere ó se aleja. Las fortificaciones que se construyen alrededor de las aldeas, como muros, fosos, vallas y torres artilladas, sólo pueden contener á los enemigos más débiles. Stanley vió completamente en ruinas la aldea de Pondo junto al Tanganika, cuya situación no podía ser más estratégica. Cuando se comparan las relaciones de los últimos viajeros con las de los que en la misma ruta les han precedido, encuéntranse varias é importantes diferencias en punto á las residencias, grandes lugares y relaciones de poderío, que constituyen una prueba de la inconstancia y poca solidez de la vida de estos pueblos. Yendo desde la costa hasta el Tanganika encontró Stanley á los indígenas de Tschunyn que poco antes gozaban de gran bienestar y á quienes las invasiones de los wahehes por el Norte y de los wawumbas por el Sud habían de tal suerte acosado que se vieron obligados á abandonar su fértil territorio y á buscar un refugio en las montañas. El mismo país de Kabogo, en el Tanganika, estuvo en otro tiempo muy poblado, pero la población rapaz de Ndeseh obligó á sus habitantes á emigrar en masa: de igual manera los wawumbas del Este de la región de los lagos obligaron con sus rapiñas á otros pueblos á abandonar sus residencias. Este estado de cosas llegó hasta los territorios occidentales del alto Congo, en donde los caníbales bakumus, de color claro, conquistaron una parte considerable de Uregga, arrojando á algunas tribus indígenas á las islas, que indudablemente hace poco tiempo están por ellas habitadas. Entre estos habitantes de las islas se cuentan los baswas, con los cuales hubo de luchar Stanley en las cataratas que llevan su nombre.

De todos estos pueblos guerreros, los más nombrados son los watutas, pues son los más influyentes en el vasto territorio que se extiende entre el Océano Índico y los grandes lagos, que tanta importancia ha adquirido aun para la misma Europa como camino de civilización para el alto Congo. Digamos algo de su historia que demuestra lo accidentado de la vida de este pueblo. Los watutas son una rama aislada de los mavitis que hace 40 años, según su propia cuenta, se separó de éstos en una expedición que realizaron al Norte, devastándolo todo y robando ganados. En su invasión se encontraron con los waroris, tan ricos en rebaños, pero al ver, después de cinco meses de lucha, que éstos eran demasiado fuertes para ellos, se dirigieron al borde de Urori y avanzaron hacia el Noroeste hasta Udschidschi, pasando por Ukonongo y por Kawendi. Los antiguos habitantes árabes de Udschidschi todavía recuerdan que los watutas se presentaron de repente, y les obligaron á ellos y á los wudschidschis á buscar un refugio en la isla de Bangwe. La victoria conseguida en Udschidschi no había, sin embargo, aplacado su sed de conquista, así es que se lanzaron contra Uhna y Urundi y viendo fracasada aquí su empresa llevaron sus devastaciones por Uvinsa, penetraron en Unjamwesi y por Usindscha llegaron hasta el Victoria Nyanza, en donde gracias á sus audaces expediciones guerreras permanecieron algunos años. Pero sea que los territorios que rodeaban á los lagos no fueran bastante de su gusto, sea que encontraran demasiada resistencia, lo cierto es que muy pronto retrocedieron hasta Usambara. Kututiva, rey de este país, pidió, por razones políticas, la mano de la hija del caudillo de los watutas, el cual hubo de devolverle su territorio en concepto de dote, mientras que los otros watutas que se dirigieron más hacia el Sud

ocuparon el cercano país de Ugomba, abundante en aguas y en prados y por ende muy á propósito para su modo de vida y sus costumbres. De esta suerte, de aquel pueblo emigrante nació un núcleo con condiciones para constituir Estados que con su existencia destruyó la predicción de aquellos que anunciaban como próximo el día en que estas hordas de ladrones, de cualquier modo reunidas, se disolverían. Los watutas, sin embargo, no han renunciado á sus costumbres guerreras, sino que continúan entregándose al robo, así es que, según dice Stanley, «asesinar á un watuta apenas se le divisa, es por los árabes considerado como un hecho tan meritorio y necesario como matar una serpiente.» Esto no obstante, no sólo este viajero — que tan excelente juicio ha formado de los africanos, sean esclavos sean potentados — sino también Kaiser y otros viajeros alemanes encontraron en el soberano watuta Mirambo más espíritu de autoridad que en una docena de los príncipes negros comunes, y ya hoy los misioneros comienzan á apoyarse en los antiguos jefes de aquellas hordas en otro tiempo tan despreciadas, que tan bien nos han descrito Stanley y el Dr. Bohm.

Cierto detalle que Stanley nos ofrece de Mirambo es interesante para conocer el «método» de estos conquistadores. En la primera entrevista que tuvo aquel viajero con ese caudillo, díjole éste, entre otras cosas, que para compañeros de sus expediciones guerreras prefería á los niños y á los jóvenes, pues «tenían los ojos más vigorosos, sus miembros les permitían moverse con la ligereza de la serpiente y la rapidez de la cebra y pocas palabras bastaban para infundirles el valor de un león.» «En todas mis guerras con los árabes, he debido la victoria á un ejército de jóvenes, de niños imberbes. Quince de mis jóvenes soldados perecieron en un solo día porque dije que me era preciso un cierto paño rojo, lo cual fué considerado como una provocación. No, no, dadme jóvenes para la guerra, para los combates en campo raso y hombres para fortificar con empalizadas las aldeas.»

Tracemos á grandes rasgos, y por modo de comparación, la historia de otro pueblo guerrero y ladrón, el de los citados wahehes afines de tribu de los watutas. Hace unos diez ó doce años, cuando los wahehes estaban todavía reducidos al limitado territorio que se extiende entre el Ugogo y el Ruaha, considerándose seguros detrás de sus altas montañas, surgió entre ellos un caudillo de audacia y energía extraordinarias, llamado Matschinga que, descontento de su insignificante soberanía y afanos de aumentar su poder y sus riquezas, decidió arrebatar al grande y poderoso caudillo Merere el país de Urori; y como había conseguido ejercer un poder despótico sobre sus súbditos, éstos se mostraban dispuestos á seguirle á donde quiera que los llevara. A sus órdenes pasaron los wahehes sus fronteras meridionales y atacando á los warosis ó wasongos salieron vencedores en todos los combates. Las aldeas fueron incendiadas, los ganados robados y los invasores se desbordaron sobre aquel país montañoso, devastándolo todo á su paso. Merere, incapaz de defender su ciudad, la pegó fuego para evitar que cayera en manos de los wahehes y llevando consigo sus numerosos rebaños huyó á las elevadas montañas que circundan el extremo septentrional del lago Nyassa, en donde construyó una plaza fuerte, junto al Ruaha, desde la cual opuso resistencia á los wahehes hasta entonces vencedores. En aquel tiempo, el capitán Elton y sus compañeros, que desde Nyassa se dirigían á la costa, llegaron á este teatro de la guerra y fueron secretamente introducidos en la villa fortificada, en donde encontraron á los sitiados sumidos en el hambre más espantosa. Su llegada y sus fusiles, sin em-

bargo, infundieron nuevo aliento á Merere, quien volvió á luchar contra los wahehes obligándoles á retirarse con grandes pérdidas. Inmediatamente después de esta derrota, un caudillo de segunda fila, llamado Mamle, tramó una conspiración contra Matschinga, le asesinó y se asumió el caudillaje, haciendo declarar al hijo del muerto incapaz para llevar la espada de su padre. Una parte de la tribu que permaneció fiel al heredero legítimo, abandonó el campamento y regresó á su primitiva residencia, al Norte de Ruaha, en donde se estableció nuevamente bajo la soberanía del hijo de Matschinga. Mamle, por el contrario, empuñó de nuevo las armas contra Merere, viendo esta vez coronados sus esfuerzos con mejor éxito. Merere, imposibilitado de sostenerse en su propio país, vióse obligado á huir á Ufaa, pudiendo desde entonces Mamle gobernar sin obstáculo alguno desde Mpwapwa y Ugogo hasta el lago Nyassa. En esta situación encontró Thomson á los wahehes cuando, en su conocido viaje desde Tanganika al Nyassa (1879), visitó por vez primera el país de éstos. Excepción hecha de las aldeas recientemente construídas en todas partes, no halló otro indicio de que se encontraba en un país hacía poco conquistado. A juzgar por el aspecto exterior, los wahehes podían habitar ese territorio desde hacía siglos, pues esa tribu, poco antes insignificante, se había transformado, en el curso de pocos años, en tribu extraordinariamente fuerte y poderosa. Este estado de cosas fué, sin embargo, de corta duración. El hijo de Matschinga decidió tomar venganza de Mamle y deseo de reconquistar, al frente de la tribu, el lugar que de derecho le correspondía, envió emisarios á Merere para que se uniera con él á fin de atacar á Mamle. Merere aceptó la proposición y unos meses después estaba en campaña, consiguiendo vencer en todas partes y reconquistar una buena porción de su territorio, incluso la capital que comenzó á reedificar. Mamle fué arrojado del país que hasta entonces había poseído y hubo de dirigirse con los pocos guerreros que le habían quedado á Kiwere, en donde se unió á las rapaces hordas de Nyungu, caudillo á quien se atribuye el asesinato del misionero Penrose.

Así como los watutas de Mirambo y los wahehes de Matschinga nos enseñan cuál fué la suerte histórica de los pueblos genuinamente guerreros y ladrones, otros dos ejemplos nos demostrarán sucintamente cómo otros pueblos consiguen, por el camino extraño y ridículo de la imitación, aumentar el número de estos enemigos de toda paz y de todo tranquilo desenvolvimiento. En el valle del Rovuma hay una tribu llamada de los mahindsches á la cual algunos dan también el nombre de mavitis, pero estos mavitis del Rovuma no deben ser confundidos con la tribu zulú del mismo nombre que habita en el lago Nyassa: aquéllos, sin embargo, imitan á éstos en todo, pero en realidad son fugitivos de la tribu de los gindos y no tienen más punto de semejanza con los mavitis de la región de los lagos que las costumbres de rapiña á las que pueden entregarse casi sin obstáculo alguno, gracias á que habitan entre tribus sobrado pacíficas. Copiando las palabras de José Thomson, podremos decir que en realidad «no tienen otra relación de afinidad con los zulús que la que existe entre el asno vestido con la piel del león y esta fiera. Son una cuadrilla de miserables cobardes, un hato de gente baja, vil y embustera, indigna de llevar el nombre de hombres.» Su notable imitación que consiste no sólo en el traje y en las armas, sino también en los cantos, danzas y aspecto guerrero de aquel belicoso pueblo, se atribuye á la circunstancia de haber vivido largo tiempo con ellos en las orillas del Nyassa. Según las noticias que refiere el misionero Maples, su afición á esta «nueva vida» les hizo abandonar hasta la agricultura,

que era toda su ocupación pacífica. Pero también contribuyó indudablemente á ese remedo la experiencia de que los verdaderos mavitis, gracias á su aspecto guerrero, infundían tal terror á las poblaciones pacíficas que cualquier pueblo que se quisiera dedicar á la industria del robo no podía hacer cosa mejor que cubrirse con la piel de aquéllos.

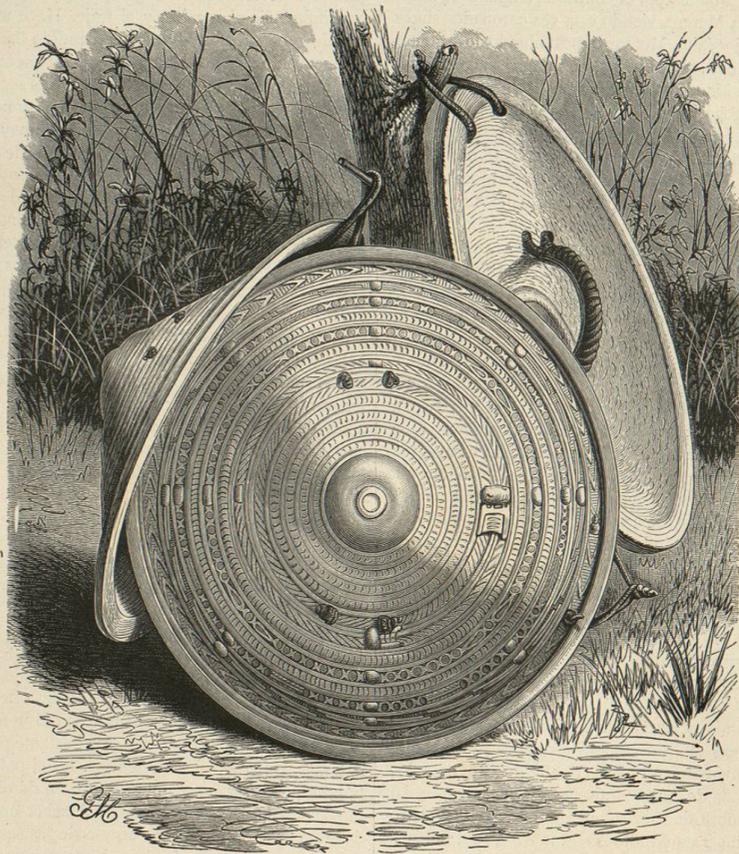
Así como los watutas, los wahehes y los mahindsches parecen representar en primera línea el desarrollo ascendente, los walungus han descendido, al parecer, de la altura, ciertamente no radiante, á que habían llegado como pueblo guerrero, demostrando su ejemplo que en Africa ejercen gran influencia el nombre y el traje. Hace unos 20 años, cuando gobernaba en Ulungu un caudillo llamado Kakungu, encontrábase los walungus constantemente molestados por las invasiones de los masitus ó mavitis acaudillados por Tafuna. En una de estas repentinas incursiones, fué hecho prisionero Mululami, hijo mayor de Kakungu, y como prisionero llevado por los watutas. Después de haber vivido con éstos algunos años aprendiendo sus costumbres y su arte guerrero, huyó ó fué soltado y regresó á su país de Ulungu. Una vez en éste enseñó á los walungus el sistema de guerra de los watutas y les obligó á vestir el mismo traje, á usar las mismas armas, á hacer los mismos movimientos y á dar los mismos gritos de guerra que éstos, á consecuencia de lo cual pronto parecieron verdaderos watutas, á pesar de ser de origen distinto. Las cobardes poblaciones agrícolas del lago Tanganika y de Rufidschi tenían bastante con ver un traje ó con oír un grito por el estilo de los de los watutas para deponer toda idea de resistencia. Los «falsificados» watutas se aprovechaban de esta circunstancia y asolaban todo el país. Muerto Mululami, que había logrado hacer de una tribu de pacíficos agricultores una tribu de salvajes guerreros, todo su sistema belicoso se vino al suelo; el pueblo volvió á sus antiguas costumbres, armas y trajes, se despojó del nombre de watutas y volvió á su antigua candeidez. J. Thomson refiere que en cada cabaña se ve todavía el escudo de piel de buey que se conserva como una reliquia de los antiguos tiempos belicosos.

Después de todo lo que llevamos referido acerca de las devastaciones de los matabeles, se comprende perfectamente el miedo que inspira el terrible nombre de estos pueblos á los indígenas pacíficos. Cuenta Livingstone que entre los makúas á los niños se les espanta con el nombre de masitu. Este miedo por sí solo es causa bastante para que tribus enteras abandonen sus residencias. En el país de los kombokos, que forma parte del territorio en donde realizan sus rapiñas los masais y los wakuafis, Fischer encontró las aldeas emplazadas en lo más espeso de las selvas y resguardadas por senderos invisibles y hasta por trampas. Los viajeros europeos se han visto muchas veces hostilizados sólo porque eran tomados por jefes de las hordas watutas. Este miedo ha tenido, no obstante, su lado bueno en cuanto ha sido causa de que las tribus fugitivas, buscando los sitios más apartados, colonizaran comarcas que de otro modo habrían permanecido desiertas, de manera que si por una parte los territorios poblados quedaban deshabitados, en cambio se poblaban otros, como los fértiles terrenos bajos del Schire, con fugitivos que convertían en florecientes campos los antiguos yermos.

No hemos mencionado todavía un aspecto importante de las consecuencias desoladoras de estas guerras y rapiñas, á saber, la participación de los que las emprendían en el comercio de esclavos. Ya se comprenderá, sin embargo, que allí donde una de estas hordas caía sobre una población pacífica, encontraba abundante «tela» para el comercio de esclavos: el florecimiento de éste en las plazas de las costas

orientales ecuatoriales, desde Sofala hasta Zanzíbar, puede en gran parte atribuirse á que las expediciones guerreras de estas hordas de bandidos ofrecían siempre á los comerciantes material en abundancia para formar sus caravanas de esclavos. Sabemos, en efecto, que el pueblo de los yaos era todavía en 1868, es decir cuando Livingstone visitó por vez primera este país, el «agente más activo de los mercaderes de esclavos,» y si en estos últimos años hemos tenido mejores noticias de los progresos de este pueblo, puede señalarse como una de las causas que á ello han contribuido el

retroceso que una inspección severa ha hecho sufrir á la exportación de esclavos en las plazas de la costa. Indudablemente también las animadas relaciones con los tratantes en esclavos han contribuido en alto grado á mejorar el armamento de este pueblo guerrero. Livingstone describe ese comercio en los siguientes términos: «Los guías de caravanas de Kilwa llegan á una aldea wayao, enseñan los géneros que consigo han traído y por ello los ancianos del pueblo, les obsequian espléndidamente y les dicen que tengan la bondad de esperarse, pues se van á juntar los esclavos sufi-



Escudos de los somalís (Christy Collection, Londres) ¹⁾, de su verdadero tamaño.

cientos para comprarles todas las mercancías. Entonces se organiza una expedición guerrera contra los manganjas que poseen pocos fusiles, y á veces ninguno, mientras que los wayaos expedicionarios los reciben en abundancia de sus huéspedes de la costa. Algunos de los árabes de la costa, de baja ralea, que en nada se diferencian de los wayaos, forman también parte de aquella expedición de guerra y de rapiña, en la cual hacen negocios por cuenta propia. Estas expediciones organizadas para robar hombres no se dirigen únicamente contra los manganjas, sino también á menudo contra los mismos wayaos de su raza. La extendida ganadería de éstos con sus inevitables consecuencias de establecerse ilegítimamente en praderas extranjeras y del robo de rebaños, puede contribuir á estas hostilidades. Así sucede que en estos bancales de la costa perfectamente si-

tuados, fértiles y abundantes en aguas, se encuentran á veces extensiones de 10 millas geográficas de ancho deshabitadas, á pesar de que los antiguos hogares, emplazamientos de aldeas y campos cultivados que en ellas se encuentran dan á comprender que en otro tiempo tuvieron una población numerosa. También sucede que algunos caudillos inteligentes comprenden perfectamente cuán funesto es este estado de cosas y así nos explicamos que Mataka, el amigo de Livingstone, ordenara á sus gentes saqueadoras que devolvieran á los manganjas unos rebaños de bueyes que les habían arrebatado de sus pastos. Quizás este mismo sentimiento de virilidad y de perseverancia que entre los wayaos y sus compañeros ha despertado este constante estado de guerra, ofrece un terreno más propicio para la civilización del que encontramos entre los oprimidos, desanimados y

desmoralizados manganjas. Las experiencias hechas por los misioneros en el territorio del Rovuma parecen confirmar esta opinión. Sería, por ejemplo, injusto no hacer constar que una excepción de todas las descripciones que hemos visto de los wayaos, por cierto no demasiado desfavorables, la constituye el caudillo Matola de Newala que es una rara y brillante aparición en la galería de sombríos africanos y un poderoso apoyo, desde hace algunos años, de la obra de las misiones inglesas en estas comarcas. Algunas tribus han aprendido, de los laboriosos pueblos que han sojuzgado, el arte de fabricar ciertos utensilios, lo cual demuestra cuán hondas raíces han echado en todas partes las artes de la paz (véanse los grabados de las págs. 248 y 261). Como prueba de agradecimiento á los tan injuriados wayaos, debemos decir que su afán por viajar y su habilidad en los viajes pueden ser explotados en pro de los exploradores europeos. Bombay que guió casi á todos los expedicionarios que salían de Zanzíbar, desde Burton y Speke hasta Stanley, y Tschuma y Wainwright, que en 1874 condujeron el cadáver de Livingstone á la costa, pertenecían á la tribu de los yaos ó wayaos y se han hecho acreedores á grandes alabanzas. Entre los conductores de caravanas de Bagamoyo figuran por regla general muchos individuos de esa tribu.

CAPITULO V

PUEBLOS GUERREROS Y PASTORES DE ORIGEN HAMITICO.
(GALLAS, SOMALÍS, MASAIS) (1)

«Un pueblo guerrero y salvaje que, unido bajo un caudillo, hubiera podido conquistar no sólo la Abisinia, sino toda el Africa.»

KRAFF.

Rincón Nordeste de Africa. — Clima, flora y fauna del país de los gallas y de los somalís. — Tipo mestizo del pueblo. — Traje, armas y adornos. — Leyendas sobre su origen y descendencia. — Huellas históricas.

En el número de pueblos pastores, guerreros y ladrones del Este, han de ser también colocadas algunas tribus que, procedentes del gran grupo de pueblos africanos de los hamitas, comprenden, al Sud, verdaderos negros y al Oeste pasan tan íntimamente por encima de grandes pueblos negros que, á pesar de las diferencias lingüísticas y de algunas pequeñas etnográficas, han de ser clasificados en este lugar. Tales son los gallas, los somalís y los masais.

El país de los gallas y somalís comprende el rincón Nordeste del Africa, entre el cabo Guardafui y el ecuador y entre

(1) El nombre de *gallas* (que también se escribe *galas*) significa, según Bruce, pastores, según Krapf inmigrantes y según Ricardo Brenner puesto en boca de los árabes equivale á infieles ó bárbaros. De todas maneras es un nombre que han recibido del exterior, sea de los abisinios sea de los árabes, y no una idea firmemente etnográfica, puesto que con la denominación de gallas se designa también á los masais y á los wakuafis. El nombre que ellos mismos se dan es el de ormas ú oronas (Krapf) ó ilmornas (Isemberg) que significa hombres, varones, hijos de hombres. Isemberg, durante su larga permanencia en Zeila y sus alrededores, no pudo comprender el sentido de la palabra somalís, pero recuerda que un pueblo de Kordofán, junto á Dairi, llevaba el nombre de tumalis, que se parece á aquél como el de Dongola se parece al de Danakil. Según Fischer, los masais se dieron á sí mismos este nombre. J. M. Hildebrandt hace derivar el nombre de masais de *masa*, posesión, en cuyo caso significaría reino, lo cual no es verosímil. Oigobis ú orloigobis, que así se denominan á sí mismos ellos y los wakuafis, significa fuertes, soberanos. Por último, wakuafis es nombre que deriva de la palabra kisuaheli *kafí*, remo de lancha, porque sus lanzas de ancha hoja tienen la forma de remos.

la costa y la línea divisoria de aguas, todavía desconocida, que separa el Océano Indico del Nilo blanco. Este país es principalmente un país de mesetas y está cerrado al Norte por una baja cordillera que corre paralela á la costa y desde la cual se llega á ésta por medio de un territorio que va bajando suavemente. Su altura máxima es en algunos puntos de 800 metros y en otros de 1,500. Desde esta cordillera, abierta por muchos lados, se ve al Sud un territorio cubierto de colinas que forman en él verdaderas ondulaciones, cerrado á su vez por una segunda cordillera que, «poblada de vegetación en sus partes elevadas, no presenta ninguna sima, ningún valle: únicamente unos senderos escarpados, de difícil piso y no muy largos, por algunas de cuyas partes sólo pueden caminar los camellos, conducen á los puntos elevados» (Haggemacher). El magnífico verdor de esta cordillera, que en Gan Libah alcanza una altura de 3,000 metros, forma hermoso contraste con las costas Norte desprovistas de toda vegetación y con las anchas llanuras de las praderas somalís, pobladas de rebaños, que se nos presentan como superficies, ora planas, ora onduladas é interrumpidas por grandes colinas. Esta comarca sin piedras recuerda la del Sudán, con la sola diferencia de que su suelo en vez de ser de tierra negra es de limo rojo. En esa meseta y en ese territorio de colinas apenas hay una corriente de agua constante y en pocos puntos aparecen en los tiempos de lluvia aguas corrientes continuas. Cierto que durante las grandes tempestades se forman impetuosos torrentes que con razón ha calificado un viajero de avalanchas de Africa, pero esta agua desaparece con la misma rapidez con que se presenta. Mucho más abajo, es decir en los puntos en que estas aguas se juntan, encontramos por vez primera ríos caudalosos y constantes que se dirigen hacia el mar y en cuyas orillas son de ver estrechas extensiones de tierra pobladas de espesos bosques de higueras, tamariscos y acacias. El mayor de estos ríos, el Wobi ó Webbi, lleva sus aguas tan enrojecidas por la tierra que parecen «una corriente de sangre sucia» (presagio harto exacto del ensangrentado país somalí), á un pantano oculto detrás de la cordillera costanera de Brava. Cuando los somalís hablan de agua, se refieren á grandes depósitos practicados en las rocas ó rodeados de muros, cuya provisión de agua basta para satisfacer durante cinco ó seis meses las necesidades de toda una tribu y de sus rebaños.

El período de lluvias dura, en la costa, desde diciembre hasta principios de mayo, mientras que, en el interior, el período más fuerte (*gu*), en el que alternan las lluvias no interrumpidas por espacio de dos ó tres días con pausas de uno ó dos, dura desde abril á junio, sucediéndole el período débil (*haga*) con sus chaparrones poco intensos, pero no por eso menos favorables al crecimiento de los vegetales, que se prolonga desde julio hasta octubre. En este último mes comienzan los turbiones y las lluvias torrenciales cada vez más débiles (*keren* y *dair*) y por fin viene la época de sequía desde enero á mayo inclusive, es decir el verano (*ajjal*). El bienestar de la población, ó mejor la prosperidad de los rebaños, depende de que esta estación termine oportunamente, es decir á fines de marzo. La temperatura es en estas costas más oceánica que en las del mar Rojo, pues la elevación de la misma está siempre templada por las brisas marinas. En el interior, la diferencia entre el calor del día y el fresco de la noche es notable y llega á veces á ser de 12 á 18 grados. El calor en la época de sequía puede llegar hasta 32 grados centígrados y el frío del período de las lluvias á 8, pero por regla general el clima de esas mesetas es templado y fresco.